

Fernando Ortega: Siglos de familia, arte e iglesia

October 1, 2021

Fernando Ortega ha grabado 21 álbumes, hasta ahora. Mantiene una agenda regular de conciertos por todo Estados Unidos, ha dirigido el culto de ocho iglesias y ha sido músico de gira con Anne Graham Lotz. Recientemente ha publicado una colección de sus fotografías y relatos en *Fernando's Birds*.

Antes de todo eso, estuvo en el ministerio universitario de la Iglesia Bautista Hoffmantown en Albuquerque, N.M., donde tocaba el piano en los servicios de adoración y en el coro de jóvenes. Y antes de eso, fue moldeado por la larga e histórica historia de su familia en el norte de Nuevo México. La siguiente entrevista es para conmemorar el Mes de la Herencia Hispana.

Háblenos del lugar donde creció y de su familia.

Crecí en Albuquerque, N.M. Tengo tres hermanos: una hermana menor, un hermano menor y una hermana mayor. Éramos muy unidos mientras crecíamos y seguimos siéndolo de adultos, especialmente desde la muerte de nuestros padres en los últimos años. Los tres tenemos inclinaciones musicales, aunque mi hermano y yo somos los únicos músicos profesionales de la familia.

¿Cuánto tiempo lleva su familia en Nuevo México?

Esta es una gran pregunta en este momento, porque mi hija Ruby y yo hemos estado construyendo el árbol genealógico de los Ortega desde principios de 2021.

He buscado a través de muchos tipos de registros en línea, especialmente los documentos del censo, y he sido capaz de rastrear varias generaciones para encontrar el primer Ortega en Nuevo México de quien somos descendientes. Se llamaba Francisco de Ortega y nació en los alrededores de Albuquerque en 1614. Su esposa fue Isabel de Zamora. Tuvieron cuatro hijos: Simón, María, Tiburcio y Clementa. Francisco de Ortega es el noveno bisabuelo de mi hija Ruby.

¿Cómo influye su familia en su visión del cristianismo?

Definitivamente siento el peso y la importancia de una línea tan larga de cristianismo católico generacional en mi familia, aunque yo haya sido protestante toda mi vida.

Mis abuelos Juan Melquiades y Apoloñita Ortega fueron los primeros de mi ascendencia que se convirtieron al presbiterianismo en algún momento a principios del siglo XX. Esa conversión no estuvo exenta de consecuencias en la familia y también en el pueblo de Chimayo, N.M., donde vivían, pero con el tiempo, esos rencores disminuyeron, y mis dos abuelos murieron como cristianos muy respetados y devotos en su comunidad.

Así que, sí, el presbiterianismo es lo que me impregnó desde mi nacimiento. La liturgia y el calendario litúrgico relativamente flojos -en relación con el catolicismo- de esa denominación es lo que nos formó a mí y a mis hermanos y definió la forma en que vivíamos nuestra fe y nuestra vida eclesiástica.

Sin embargo, si lo pienso bien, mi conocimiento del calendario eclesiástico fue leve mientras crecía. No recuerdo haber estado nunca especialmente atento a las estaciones de la iglesia -en particular el Adviento o la Cuaresma-, aunque la liturgia presbiteriana durante ambas estaciones es muy específica.

Cuando era adolescente, abandoné el presbiterianismo y pasé varios años

en una iglesia pentecostal vibrante, aunque bastante extraña. Nuestros servicios de los viernes por la noche en esa iglesia eran, por decirlo suavemente, salvajes.

Esas reuniones duraban horas. Comenzaban con música y bailes, marchas con cadenas de baile, hablar y cantar en lenguas, seguidas de una larga enseñanza o predicación, seguida de “la unción” que caía sobre quien la dirigía, y culminaba con un servicio de “imposición de manos” en el que se producían curaciones y liberaciones de demonios.

Y luego, estaba el “después”.

Recuerdo que nuestro servicio de Nochebuena siempre incluía una tarta de cumpleaños para el Niño Jesús, iluminada con bengalas del 4 de julio. Bailábamos como locos alrededor de ese pastel. Años más tarde, como bautista del sur -una larga historia-, el servicio de Nochebuena también era bastante ruidoso y grandioso, e incluía un coro y una orquesta gigantescos.

Menciono la Nochebuena simplemente porque en ambas iglesias, una vez terminadas nuestras ruidosas celebraciones, siempre me encontraba conduciendo por Albuquerque en busca de la iglesia católica más cercana donde pudiera participar en una Misa de Gallo mucho más tranquila y reverente, una ceremonia caracterizada por la solemnidad y el asombro. Supongo que era la sensibilidad religiosa de mis antepasados la que me llevaba a ese lugar en Nochebuena.

Su familia aparece en su música, ya sea por su nombre o de forma menos evidente. ¿Cómo influye su familia en su música?

Mi familia era muy musical cuando crecía. Mi padre y mi madre tenían una interesante y ecléctica colección de vinilos que incluía canciones folclóricas italianas y francesas, piezas clásicas como “Water Music” de Händel,

canciones populares mexicanas, Doris Day y Andy Williams. Tengo vívidos recuerdos de estar tumbado en el suelo escuchando todos esos discos y absorbiendo el ambiente.

Mis padres eran muy fieles a pasar mucho tiempo con ambos lados de la familia. Así que estábamos mucho en el coche, conduciendo a Chimayo, Mora, Santa Fe, Los Álamos, y luego estaban los frecuentes viajes de pesca durante el verano. Todo eso para decir que cantábamos en el coche todo el tiempo, y armonizábamos entre nosotros.

Y, por supuesto, en la iglesia cantábamos con el himnario delante de la cara. Aprendí pronto a seguir las cuatro voces de la página: bajo, tenor, alto y soprano.

Usted pasó una parte importante de su carrera musical en California y luego regresó a Nuevo México. De todos los lugares a los que podía ir después de California, ¿por qué Nuevo México?

He pensado mucho en esto en los últimos años. Me encantaba California. Mi ex esposa y yo teníamos una dulce y diminuta casa de campo en Laguna Beach, en una zona de ensueño y hippie de la ciudad. Era encantador y tranquilo en ese cañón, y a un breve paseo de 10 minutos del océano Pacífico, por el amor de Dios. Pero siempre sentía el tirón de mi hogar en Nuevo México.

Durante los 22 años que viví en California, anhelaba volver a Nuevo México, con mi familia, por supuesto, pero también echaba de menos el paisaje del alto desierto y de las Montañas Rocosas del Sur. Y después de volver a mudarme a Albuquerque, supe que estaba donde tenía que estar. Pero ahora que he podido investigar y contemplar la larga historia de los Ortegas en este lugar, todo tiene aún más sentido. Las últimas piezas del rompecabezas están ahora en su sitio.

Más recientemente, te has convertido en un ávido fotógrafo. Su tema favorito parecen ser los pájaros. ¿Cómo empezó eso?

Tenía un montón de puntos de recompensa en mi cuenta de American Express. Entre algunas de las cosas increíbles que pude conseguir gratis, conseguí una cámara Canon básica y un par de objetivos.

Un día, mi hermana Cristina me invitó a ir a fotografiar pájaros con ella, algo que ya hacía desde hacía años. Recorrimos los bosques a lo largo del río Grande y vimos todo tipo de aves que no sabía que existían.

En un momento dado, estaba tumbada de espaldas sobre un enorme tronco de árbol caído, mirando al cielo, cuando un majestuoso y grueso halcón blanco pasó por encima. Imprudentemente apunté mi cámara al pájaro y tomé algunas imágenes extraordinariamente nítidas. Se trataba de un halcón ferruginoso, y al instante se convirtió en mi rapaz favorita. La experiencia me cautivó de inmediato.

Volviendo a su familia: Usted tiene una hija. ¿Qué parte de la herencia de los Ortega cree que ella va a sacar adelante?

Lamentablemente, he caído en el error con Ruby y el idioma español. Tuvo algunos profesores decentes cuando estaba en la escuela primaria, pero ahora que está en la secundaria, no tiene ninguna clase de español. Eso es algo que realmente me gustaría remediar.

No mencioné antes que una gran parte de la historia de la familia Ortega es el tejido de textiles. Mi abuelo Juan Melquiades fue un tejedor de gran renombre aquí en Nuevo México, al igual que su padre y tres de sus hermanos. Cuando el abuelo murió en 1991, la Institución Smithsonian adquirió un par de sus tejidos y partes de su telar, que fueron expuestos en

el Museo Nacional de Historia Americana. Ahora esos objetos forman parte de la colección permanente de la institución.

Mi hermano Armando y yo aprendimos a tejer con mi abuelo. Estaría loco si no le transmitiera el arte a Ruby, que tiene muchas inclinaciones artísticas.

Publicado originalmente en inglés [aquí](#).